

# Las sendas de la ficción

Pilar Carrera\*

## Titre / Title / Titolo

Les voies de la fiction  
The Paths of Fiction  
I sentieri della fiction

## Resumen / Résumé / Abstract / Riassunto

La pandemia del COVID-19 ha sido una especie de reactivo (en el sentido fotográfico) que, desde el punto de vista de la comunicación, ha positivado la imagen de una naturaleza viral que no es la del coronavirus, sino la de Internet y el sistema de medios digital.

La pandémie de COVID-19 a été une sorte de réactif (au sens photographique) qui, du point de vue de la communication, a positifé l'image d'une nature virale qui n'est pas celle du coronavirus, mais d'Internet et du système médiatique numérique.

The COVID-19 pandemic has been a sort of reagent (in the photographic sense) that, from a communication point of view, has positivized the

image of a viral nature that is not that of the coronavirus, but that of the Internet and the digital media system itself.

La pandemia COVID-19 è stata una sorta di reagente (in senso fotografico) che, dal punto di vista della comunicazione, ha positivizzato l'immagine di una natura virale che non è quella del coronavirus, ma di Internet e del sistema mediatico digitale.

## Palabras clave / Mots-clé / Keywords / Parole chiave

Internet, pandemia, discurso, ficción, *data*.

Internet, pandémie, discours, fiction, *data*.

Internet, pandemic, discourse, fiction, *data*.

Internet, pandemia, discorso, *fiction, data*.

\* Universidad Carlos III de Madrid

Hay tres tiempos:  
 presente de los hechos pasados,  
 presente de los presentes y  
 presente de los futuros.

*San Agustín*

Bruma de otoño; llueve.  
 La vista hoy sin el Fuji  
 es más curiosa.

*Matsuo Bashō*

Internet ha detentado la «exclusiva» de la pandemia y el control casi total del relato, con individuos cuyo único contacto con la realidad era la red, sometidos a un intensivo masaje en condiciones casi de laboratorio, sin escapatoria posible, encerrados entre sus cuatro paredes y cuya única forma de relación con el mundo exterior y evasión de esa realidad claustrofóbica pasaba esencialmente por el medio en cuestión. La experiencia y el relato de la pandemia han sido formateados por la lógica discursiva de Internet y este hecho tiene especial relevancia porque ha contribuido definitivamente a naturalizar dicha lógica (y la ficción domesticada que la sustenta) y a liquidar también con ello la distancia espectral que ya había sido reducida de modo drástico en las últimas décadas.

Terminada la emergencia sanitaria, sólo aparentemente se desmantela el escenario. En cualquier caso, la tramoya ya estaba preparada mucho antes de que la pandemia tuviese lugar, digamos que esta sirvió de parapeto tras el que la lógica pre-pandémica pudo florecer sin restricciones. El maremagno afectivo de la pandemia ha sido el caldo de cultivo perfecto para que cayesen todas las defensas que pudieran activarse frente a la mediación y se produjese una entrega incondicional a lo que se nos ofrecía como única vía de escape de una realidad claustrofóbica e incierta. Que el mundo no volverá a ser el mismo tras el paso del COVID-19, es una asunción que parecía darse por supuesta. El error quizás fue pensar que era debido a la pandemia, a la irrupción a nivel global del coronavirus en cuestión.

Sin embargo, el mundo no volverá a ser el mismo porque una naturaleza viral de orden esencialmente económico (el sistema digital), con las inevitables deri-

vaciones políticas, estaba desplegándose irrestricta tras la interfaz catastrófica y penosa de la epidemiología.

Esto no es nuevo. Momentos históricos de repliegue social en los que la lucha por la supervivencia y el primado de lo que podríamos denominar fuerzas «naturales» frente a las sociales operan son especialmente propicios para esas inflexiones estructurales. Al mismo tiempo, escudándose en el virus, se ha lanzado un mensaje de ineluctabilidad cósmica, que invita a la resignación, que convoca formas innumerables de paternalismo y que trasciende con mucho la dimensión epidemiológica, discurso vertebrado y diseminado por el mismo medio que, a medida que avanzaba el virus, se empoderaba más y más. En paralelo, se sugería que la pandemia contribuiría a una mejora moral de la humanidad en su conjunto y a un nutrido conocimiento interior por parte de los sujetos confinados, abriendo una «nueva era». Se desviaba así la atención desde el centro de la cuestión a la periferia de unos individuos que vivían el encierro como penuria y violencia, no desde una actitud de introspección metódica y voluntaria, y se rubricaba con el marchamo de lo inevitable una coyuntura estratégicamente pautada desde el punto de vista del negocio.

Cabe preguntarse qué se está (sobre)entendiendo cuando se postula tal cambio, tal transformación ¿Cuál es la naturaleza de esta revolución insinuada, de este pregonado cambio de paradigma? ¿Y la del presunto «apocalipsis» viral que lo funda? ¿No deberíamos preguntarnos si estamos, en realidad, ante una puesta en escena serial del sistema que representa el papel de su propia fragilidad sólo en aras de la eficiencia? ¿No ha supuesto la pregonada vuelta a la «nueva normalidad» la aceptación de una lógica que se ha afianzado durante la pandemia y que supera con creces en eficiencia económica a la que la precedió?

Lo que sí parece que puede darse por cierto, y esto es lo novedoso de esta epidemia, es que en este proceso la naturaleza viral del COVID-19 y la naturaleza viral de Internet se han fusionado de manera extremadamente eficiente desplegando todo un imaginario precocinado y listo para su consumo; una barbarie tan aséptica e higiénica como omnívora que preda no sólo en lo público,

sino también en lo íntimo y lo privado, depotenciando ambos al mismo tiempo.

Internet, el *mass media* que hablaba de «tú» al usuario como si fuese un colega mientras invadía progresivamente su privacidad y su intimidad, el medio amable y desenfadado que prometía una comunicación horizontal, creativa y espontánea, el medio supuestamente empoderador ha revelado su faz más aviesa en contacto con otra naturaleza viral, la del COVID-19 o, para ser más exactos, con el enclaustramiento y la consiguiente dependencia digital en todos los ámbitos. Hemos definido antes esta situación como casi «de laboratorio». Difícilmente habría sido imaginable semejante nivel de reclusión casi global con Internet como única vía de contacto con el exterior y la dependencia radical que eso genera. Por otra parte, eran necesarias décadas de bajas defensas inducidas frente a Internet, décadas de inmunosupresión colectiva, de ingenuidad promovida por el discurso empresarial y —y esto es lo inquietante— por el discurso *mainstream* científico, académico y divulgativo sobre el «nuevo medio». Nada tiene de extraño —es, por otra parte, lícito y esperable— que empresas y corporaciones se publiciten; ahora bien, que el marketing se haga de forma masiva, da igual si intencionadamente o de forma irreflexiva, desde lugares de la enunciación vinculados con el conocimiento, la ciencia, la cultura y el saber es bastante más inquietante. Era necesario ese masaje, avalado por discursos «con autoridad» para que se produjese la toma de poder *en douceur*, asumida *con naturalidad* por parte de la ciudadanía. La guinda del pastel la ha puesto la pandemia. Internet, medio pandémico por antonomasia desde mucho antes que el COVID-19 hiciera su aparición, y todo el universo de relatos vinculados con dicho medio (da igual que hablemos de una red social o de una plataforma de *streaming*) se han convertido durante el confinamiento en el único medio de contacto y en el medio por antonomasia de control, formateando lo real a su imagen y semejanza. De control del relato, en primer lugar. Es este uno de los tipos de control más duradero y peligroso. Sólo la interdicción del «directo» permite ver las cosas claras e intuir lo ultraprocesado de la dieta virtual. Y no por-

que estemos deseando abrazar a todos con los que interactuamos *online*, ni siquiera porque estemos deseando verlos, sino porque, obliterada «la calle», el horizonte de toda esa actividad comunicativa frenética se percibe claramente por sus efectos:

- Una soledad mercantilizada, es decir, modulada y purgada para que resulte funcional y relevante en el contexto mediático. El desvalimiento del usuario se acrecienta a medida que, aparentemente, se empodera en el medio y aumenta la interacción virtual. Dicho simulacro de empoderamiento se define en términos de su funcionalidad desde la perspectiva del control social y la generación de plusvalía por parte de los usuarios (la sociedad civil recluida y conectada). Toda la actividad comunicativo-informativa de Internet, incluida la que incorpora y canaliza el rictus de la intimidad, el afecto, los sentimientos, etc. debe ser entendida en términos *económicos*: «Individuos determinados, ejerciendo una actividad productiva determinada, establecen relaciones sociales y políticas determinadas» (Marx, 1982: 1055)
- La absoluta sintonía y complementariedad del *mass media* Internet con el aislamiento (o, lo que es lo mismo, su capacidad para hacerlo, en principio, *tolerable*). Su afinidad, por otra parte, sirva como ejemplo la pandemia, con el encierro forzoso (abstraigámonos de la legitimación puntual del mismo en términos de contención de la epidemia y centrémonos únicamente en lo sustancial: dicha afinidad, aplicable a cualquier forma de restricción de la libertad de movimiento o de la libertad, *tout court*).
- Internet se alimenta, en contra de la tan publicitada «inter-actividad», de lo estático, de lo carente de movimiento (de vida), florece al máximo allí dónde la acción motora es coartada y, por ende, es inhibida toda acción entendida políticamente (como todo medio de comunicación de masas, por lo demás, aunque, de nuevo, los cantos de sirena son aquí más eficaces). «Solo la acción es prerrogativa exclusiva del hombre; ni una bestia ni un dios son capaces de ella, y sólo esta depende por entero de la constante presencia de los demás», escribía Hannah Arendt (305).

El sujeto confinado genera hiperactividad digital. La fantasía de Internet como una extensión de nuestras propias vidas y de una adocenada cotidianeidad se revela como eso, un espejismo.

- La creación de una fantasmagoría de subversión y radicalidad que se consume en la propia lógica mediática, desconectada por completo de la realidad extramediática (de lo político en sentido fuerte, entorno en el que los *mass media* no son sino una pieza más del engranaje).

Es necesario hacer una precisión: no subyace a esta argumentación ningún canto nostálgico al «directo», al «cara a cara», al «calor gregario», etc., como si se tratase de espacios exentos de control y manipulación. Estamos hablando de otra cosa, más relevante, de un trabajo sistemático de apropiación y labor de zapa discursivos y a todos los niveles. Pensemos, por ejemplo, en la conversión de figuras como la del solitario o el eremita -antisistémicas- en sucedáneos digitales, totalmente pro-sistémicos, y que encubren un nuevo proletariado *rigurosamente vigilado*, cuya soledad se transforma en productividad y cuyo aislamiento forzoso genera plusvalía y rentabilidad a través de sus esfuerzos por permanecer «conectado», abocado a una dieta discursiva ultraprocesada y monótona que se disfraza de pluralidad y diversidad y sometidos a un estricto formateo enunciativo. Mientras el sujeto cree estar huyendo de la soledad, o atenuándola, interactuando, informándose o creando está, esencialmente, generando plusvalía o plustrabajo<sup>1</sup>.

Años de adoctrinamiento interactivo eran necesarios, parece obvio, para que este plustrabajo se difuminase, hasta pasar inadvertido, tras proclamas de «creatividad», «diálogo», «participación», etc. La dependencia emocional del medio es clave. Internet ha entrado directamente en la gestión de lo íntimo y la «autorrealización», espacio especialmente proclive a la manipulación.

Lo que empezamos a entender –la «crisis» del COVID-19 y la pandemia han iluminado un poco el asunto,

<sup>1</sup> “El capital no ha inventado el plustrabajo. En todo lugar en el que una parte de la sociedad posee el monopolio de los medios de producción, el trabajador tiene que añadir, en condición libre o no libre, tiempo de trabajo excedente al tiempo de trabajo necesario para su conservación (Marx, 2019: 165)”.

aunque sea de manera intuitiva— es que no estamos ante un entorno convivial y amable de *mera* comunicación vicaria. El ciberespacio se ha revelado como el lugar de la soledad *charlatana*, del discurso basura, redundante bajo un efecto de variedad infinita. Independientemente de los relatos sesudos o guarderilmente divulgativos (que colocan siempre al ciudadano en un lugar de perpetua minoría de edad) que contenga, el único discurso de Internet es el del control y la rentabilidad a través del negocio de lo fático (Carrera, 2020: 28 y ss).

Esto debería sonar obvio, no apocalíptico: es lo que cabe esperar de cualquier entorno empresarial y corporativo. El problema es que, en la actualidad, cualquier discurso con una vocación más o menos *realista* se califica de inmediato de tecnófobo, elitista o nostálgico. Es una manera especialmente eficaz de cortocircuitar discursos y domesticar los espacios de enunciación, una forma de demagogia, en suma. En Internet no se hace negocio con el «conocimiento colectivo», sino con los datos, algo muy distinto, pero, sobre todo, es el lugar en el que la dimensión de lo íntimo, de los afectos y las pasiones se mercantiliza radicalmente y el discurso se homogeneiza, al tiempo que surgen formas de censura indirectas o formas sofisticadas y casi imperceptibles de autocensura, mucho más eficaces que la censura tradicional.

Esto es importante: no se trata, como en el argumento usual, de oponer a lo vicario lo comunitario y defender las virtudes para el individuo de las distintas formaciones grupales o gregarias *in praesentia* (atenuación de la soledad, protección, etc.). El problema no es que Internet convierta al individuo en un solitario, el problema es precisamente lo contrario: que lo vuelve gregario *en su soledad interactiva*, que convierte el último refugio del solitario, el espacio íntimo y secreto, en un mercadillo sentimental por el que circulan incesantemente clichés de afectividad e intimidad, efluvios representacionales de un yo domesticado, metáforas asimismo completamente domesticadas. Estamos ante un pseudo-sujeto solipista, encerrado en una identidad discursiva que toma por propia y que es realmente la del medio (Internet); un usuario del que se dice que construye su identidad

comunicando e interactuando, sin puntualizar que esa identidad que a través de estos medios supuestamente se configura, está tan formateada como el *template* de una página web y que no hay subjetividad posible sin, en primer lugar, tomar conciencia de la desposesión del discurso que se considera propio y que pertenece, en gran medida, al territorio de lo socializado y de la norma. La única «identidad» que se construye a través de los mensajes intercambiados online, a través de la interacción en Internet, es la del propio medio, es decir, la de su eficacia empresarial. Por tanto, el «problema» con Internet no es que condene al individuo a la soledad, sino que, directamente, la imposibilita, salvo como simulación pro-sistémica, como pre-condición para la rentabilidad, el control y la ingeniería social.

La soledad conectada tiene poco que ver con la soledad como espacio en el que se opera la deconstrucción, entre otras cosas, de todas las fantasías de empoderamiento y se forja el conocer. Esta soledad, *radical*, por oposición a la que resulta de la lógica comunicativa mediática, es propiamente *política* y está mucho más cercana, en su centro, de la nada de los místicos (instancia *política* por antonomasia) que del abatimiento y el desconcierto generados por la caída del discurso institucional tranquilizador sobre el usuario empoderado y por el atisbamiento de la ley de la jungla detrás del sofisticado armazón civilizatorio tal y como ha ocurrido con el COVID-19, que es no sólo una pandemia en términos de salud pública, sino una pandemia discursiva, y en esta segunda dimensión radican, probablemente, sus efectos a largo plazo, culturales, económicos, sociales y, por supuesto, políticos, como ya he comentado. Existe un riesgo muy alto de que la población haya asumido, de manera casi inconsciente, la pretendida *naturalidad* de la barbarie (¿qué más «natural» que un virus?), confundiendo el relato de la pandemia (*un relato* que no debe confundirse con la diseminación de un virus potencialmente mortal de forma global; una cosa es el coronavirus y otra la gestión socio-económica de la pandemia y las oportunidades de negocio y normalización de determinadas situaciones que dicha situación ha propiciado) y su retransmisión (un asunto mediático), con los desig-

nios de la naturaleza. Es decir, se confunden el sistema y la retórica del mismo con la naturaleza y la inescrutabilidad que se asocia a lo natural, lo viral mediático con lo viral clínico. El resultado es, evidentemente, la promoción global de formas de conformismo y la aceptación generalizada de lo que antes de la pandemia parecería inaceptable en términos de restricción de las libertades públicas y de expresión. Las condiciones de construcción de una soledad gregaria, valga la paradoja, han avanzado radicalmente.

Al margen, por tanto, de la emergencia sanitaria y de la extensión geográfica del virus, nos interesa otro asunto: el relato/retrato global del virus generado por el medio global/viral por antonomasia que es Internet. Porque es de ese relato narrado a través de este medio de comunicación de masas del que derivarán buena parte de las consecuencias políticas del virus, como hemos dicho, no de la emergencia sanitaria o de la naturaleza médica del asunto, aunque una supuesta «objetividad» científica sirva, llegado el caso, como modo de legitimación de medidas sociopolíticas. Como ya he apuntado, Internet ha florecido como nunca en el encierro, en un contexto de restricción de las libertades públicas. Eso debería dar qué pensar sobre la naturaleza política del medio.

Y entonces, ¿qué vendrá después?: más de lo mismo, pero más lacerante. Esa es la hipótesis probable. Las desigualdades reinantes se acrecentarán, los pobres serán más pobres, los ricos serán más ricos, el control digital se hará más aceptable (en nombre de la «salud» y la supervivencia), más legítimo y, con ello, mayor la rentabilidad de las grandes empresas y más eficientes las operaciones de ingeniería social. Pero, sobre todo, el miedo y la desconfianza hacia lo otro y el otro, como categorías discursivas y de pensamiento, se harán más agudos a nivel subjetivo y más evidente la fantasmagoría de una solidaridad que sólo amparan el miedo y una épica heroica *mainstream* con la que se disfraza la precariedad. Y, por supuesto, la dependencia de Internet y la legitimación del control habrán crecido exponencialmente. Pero ese control no es ni siquiera el de la vigi-

lancia y el tracking, es el del *discurso* en su sentido más amplio.

La cuestión no es ni siquiera, en los países democráticos, el Estado. Quien está detrás del medio central en la gestión discursiva y el relato de esta epidemia son los grandes negocios digitales. Curiosamente, cuando el Estado recula, toma el relevo una multinacional tecnológica, íntimamente ligada al negocio digital: Trump dejó de financiar la OMS y Microsoft se «hizo cargo». Este ejemplo no deja de ser una imagen muy ilustrativa.

La presión social y los mecanismos de microcontrol se han exacerbado. El «otro» se ha convertido en un potencial portador de virus, en un nivel no sólo real, sino simbólico, lo cual es más importante y rico en consecuencias de orden no sanitario. Los sistemas más perfectos de microcontrol se construyen en torno al instinto de supervivencia. La «nueva normalidad» es la de la interiorización y aceptación del control y la vigilancia, de la conexión a la red como formas de supervivencia.

Que Internet es, esencial y estructuralmente, además de un negocio, un instrumento de *márketing* empresarial es obvio y esperable. Dicho esto, la fantasmagoría del cambio *radical*, de raíz, de la revolución promovida por un *mass media*, debe leerse meramente como un *eslogan*, poco novedoso, por cierto. A la luz del COVID-19, Internet ha entrado en una nueva fase de puesta en escena, ha iniciado un cambio de rumbo en su relato institucional, un giro extremadamente interesante desde el punto de vista del análisis cultural: ha pasado de ser el medio que iba a empoderar a los usuarios, amable, emancipador, a convertirse en el enunciador/anunciador del apocalipsis viral, palpitando todos sus tentáculos, todas sus terminaciones nerviosas con esa presencia inquietante, invisible, súper contagiosa, que más que un coronavirus es Internet mismo, el medio viral por antonomasia.

En todo el relato de la COVID-19 asistimos a un proceso que podríamos denominar «automedio gráfico», casi confesional, por parte del propio medio. Las fuerzas de la naturaleza desatadas son, en un nivel mediático, una interfaz a través de la que se cuenta la fábula del control. Cuanta menor es la distancia que mantene-

mos respecto al medio, hasta el punto de confundirlo con una extensión de la vida y de nuestra propia vida, mayor es la distancia respecto al cuerpo del otro y a los cuerpos potencialmente contaminados de las cosas.

El manto azul ciberespacial, viral, se proyecta y se hibrida con la pandemia global, se camufla tras un virus escurridizo y customizable, impredecible, que oscila entre la ausencia de síntomas y el riesgo de muerte. El usuario empoderado empieza a verse a sí mismo como absolutamente dependiente de la red. La necesita para vigilar el entorno, para trabajar, para intentar satisfacer sus necesidades afectivas...

¿Qué es esa «solidaridad» que se predica como efecto deseado, como «algo bueno» en medio de una situación catastrófica, sino sublimación eufemística de la penuria, empezando por un sector público infranutrido durante décadas y al que se le pide que actúe como un superhéroe? La otra cara del *do it yourself* es la de la penuria socializada, una suerte de espíritu sacrificial que se ve como un redescubrimiento de la comunidad.

Pero algo que no deberíamos olvidar es que se trata de un simulacro de comunidad, de un espejismo virtual en el contexto de un encierro impuesto por ley con personas completamente aisladas y vulnerables aunque, eso sí, conectadas a Internet. El hecho de que se trate de medidas de prevención forzosas para evitar el colapso sanitario no implica que no sirviese como un ensayo global de comunidad virtual en régimen de censura democrática. Desde luego, no hay mejor manera de convencer a la gente de aceptar medidas de restricción de la libertad y de control que cuando se les subraya que «les va la vida en ello».

En suma, toda la experiencia de la pandemia está filtrada por la experiencia masiva del *online* y formateada por la misma. La «nueva normalidad» no tiene nada de nueva en términos históricos y, en cualquiera de sus variantes, supone la apertura de una brecha clasista monumental.

La lógica de un medio (Internet) se ha confundido con la realidad, igual que el relato del Oeste se había confundido con las películas de vaqueros, con el Oeste hollywoodense, como agudamente constataba Michael

Cimino en el momento de hacer ese western disruptivo que es *La puerta del cielo* (1980)<sup>2</sup>.

La experiencia del COVID-19 ha sido eminentemente una experiencia digital, suprimido ya el escaso reducto de contacto interpersonal y social no mediado o no modulado por la propia lógica digital, una lógica que ya era la dominante antes de la pandemia, pero que ha pasado a un estadio superior gracias a la aparición de un alma gemela (viral) que nos ha recluso a todos en nuestras casas con Internet como única salida de socorro.

«Barbarie» proviene del griego antiguo βάρβαρος («el que balbucea»); reduplicación onomatopéyica, βαρ, βαρ que imitaba un balbuceo. El sentido de «extranjero», «forastero» asociado a bárbaro, viene connotado y debe ser ligado a esta dimensión lingüística del balbuceo. Toda barbarie tiene que ver, por tanto, con la gestión simbólica de lo Otro *en el lenguaje*, pero no, en primera instancia, con el balbuceo del extranjero, sino con el balbuceo del autóctono, de la lengua materna, apuntando al centro escindido del lenguaje del insider. No es, por tanto, la barbarie foránea y el bárbaro en cuanto extranjero el centro de la cuestión que nos ocupa. La barbarie surge de la negación de esa otredad, de su obliteración en el discurso «autóctono».

Frente a ese «no sé qué que quedan balbuciendo» (San Juan de la Cruz), encontramos la farfulla global de los *mass media*, cuyo relato establece que el mal siempre viene de fuera, identificando de manera general a un ente extra-sistémico, el «extranjero». Pero la otredad a la que nosotros nos referimos habita la lengua materna, es un componente fundamental de una identidad no prefabricada.

En la identidad, «lo mismo», el «ídem» de «identidad», no es un contenido inmutable, como se pretende, sino algo más cercano a un método, a una disposición metódica en términos casi cartesianos, en la que lo que

en primer lugar se convierte en objeto de cuestionamiento es la identidad concebida como certeza, como compendio de certidumbres, como acumulación de *stories*, esto es, como sistema cerrado y definitivo y lo que se asume plenamente es el balbuceo de la lengua, su dimensión *bárbara*.

La progresiva hipersimplificación del relato y de su lógica en el entorno digital interactivo, se acompaña de todo un despliegue de «prodigios» tecnológicos, una de cuyas funciones es, precisamente, la de cortocircuitar todo atisbo de duda metódica a través de eslóganes de diverso signo en los que late el dogma. Esta farfulla mediática es directamente proporcional en intensidad a la eficiencia en términos económicos y de control y perfectamente compatible con una noción conservadora de progreso centrada en el gadget y en un discurso paracientífico de base más mágica (el «prodigio» tecnológico) que científica. La velocidad de contagio, la proliferación y su capacidad de parasitar discursos que son ajenos a esa lógica, la caracterizan.

La articulación informativa de la pandemia tuvo uno de sus epicentros en las «cifras de», especialmente en el recuento diario de muertos y contagiados en el tiempo (ir)real de Internet. Dichos datos, únicamente consistentes con el precario método de recuento (del que eran imagen, como siempre ocurre, no de una supuesta realidad objetiva), producían las consecuentes sofisticadísimas predicciones objetivantes, simulaciones y visualizaciones basadas en «modelos matemáticos» y «estadísticos», disfrazadas de irrefutable científicidad y encargadas de apuntalar firmemente tan precarios cimientos y proyectar en alta definición el «monstruo de lo real» que esas mismas operaciones creaban: la punta ha devorado el iceberg y ha acabado por suplantarlo.

Obviamente, esta «ciencia» despótica, esta ciencia de los datos, la vigilancia y el control, tiene poco que ver con la verdadera ciencia, para la que los datos no son sino lugares de paso en la búsqueda de nuevos conocimientos, que pasan siempre, en mayor o menor medida, por la desestabilización del saber instituido y las hipótesis que lo fundan.

<sup>2</sup> Sostenía Cimino que «la visión de los estadounidenses ha sido moldeada por el cine; han visto y revisto los mismos escenarios, los mismos paisajes, en centenares de filmes. Su historia del Oeste es la historia del Western: casas de madera, calles desiertas, un héroe solitario que hace su entrada a caballo. Este no es el Oeste industrial del comercio, el dinero y la superpoblación. Sin embargo, Leadville en Colorado o Butte en Montana, por nombrar solo dos casos, eran ciudades rebosantes de actividad». Citado en Carrera, 2018: 170.

No deberíamos dejarnos llevar por una falsa imagen de la ciencia y decir que lo que ha sido puesto en cuestión es la propia ciencia, postura que en el fondo refrenda el mito de la infalibilidad, mientras apela a una «pérdida de fe» (en la ciencia) en un territorio en el que la fe poco tiene que decir.

La tan pregonada *data science* tiene sentido únicamente como humilde servidora de otra de miras mucho más amplias. Emancipada, librada a sí misma, es esencialmente una forma de ingeniería social o, lo que es lo mismo, de propaganda. La propia noción de «ciencia de datos» es un completo absurdo. Fruto de Internet y de la explotación de datos obtenidos como resultado del control, la vigilancia y, en cualquier caso, limitada a lo que un medio de comunicación de masas es capaz de almacenar del entorno en el que está implantado, el *big data* desembridado cabalga en el terreno del mito, no de la ciencia.

Bajo la apariencia del continuo movimiento y del tiempo real, bajo la fantasmagoría del cambio y de lo nuevo, de la variedad y la polifonía, intuimos una estructura pétrea, inflexible, dogmática y adusta, una estructura de programación homogénea. Bajo la apariencia del colorido y de la vida, encontramos el rictus de lo que carece de toda inclinación estructural al movimiento, la mueca ortopédica. Eso es un medio de comunicación de masas. Y no habría ningún problema mientras se lo situase, a él y su lógica, en el contexto de aquello para lo que esencialmente existe, dentro de una lógica de la socialización y para el jugoso negocio del entretenimiento y la gestión del tiempo de ocio. El problema es cuando la lógica mediática empieza a contagiar el resto de espacios, especialmente el de la cultura y el saber. Ahí radica el riesgo y el peligro.

Algo que parece obvio, pero que, visto lo visto, no debe serlo tanto, y que no está de más recordar, es que Internet es sólo un medio de comunicación, por muy poderoso que sea, y que de él se puede esperar lo que se puede esperar de un medio de comunicación de masas. El resto de sus funcionalidades y utilidades, las vigentes y las por venir, dependen de su ser tal. ¿Deberíamos acaso recordar qué es un medio de comunicación de masas y para qué sirve?

Recurramos a un texto clásico de teoría de la comunicación, «Los medios de comunicación de masas, el gusto popular y la acción social organizada», escrito por Paul Lazarsfeld y Robert K. Merton en 1948, autores, por lo demás, poco sospechosos de radicalismo. En el se afirmaba que, desde la perspectiva del capital, las funciones que se espera cumplan los *mass media* serían esencialmente aquellas destinadas a contribuir al conformismo social, «promoviendo el conformismo y facilitando escasos motivos para una valoración más crítica de la sociedad» (246).

En un receptor no críticamente formado pueden confundirse utilidades demagógicas y populistas de los datos con el avance del conocimiento científico.

La sensación de vivir en un escenario de pesadilla, de irrealidad ha sido una experiencia compartida, especialmente en aquellos lugares en los que la incidencia de la pandemia ha sido mayor. La manera de *contar* y de contarse esa realidad replica necesariamente estructuras ficcionales. Emerge, como trasfondo signifiante, todo el imaginario pandémico, de la peste, bíblico, cinematográfico, literario... en el que se inserta esa supuesta experiencia de la realidad que es, en verdad, la experiencia de la narrativa del medio que nos la ha contado en el encierro.

¿A qué aferrarse para experimentar esto *dotándolo de sentido*? Necesariamente hay que recurrir a la ficción, a las estructuras ficcionales y, más en concreto, a la ficción institucionalizada, que es la que más a mano tenemos como referencia para *dar sentido*. Nuestra experiencia de la realidad, desde el momento en que busca ser convertida en signifiante, pasa por estructuras discursivas y argumentales abstractas y, por decirlo claramente, «de ficción». La ficción, vaya por delante, no tiene nada que ver con lo irreal. Ese es uno de los mitemas tercos con lo que convivimos. Es razonable, por tanto, preguntarnos acerca de las características de la ficción contemporánea *mainstream*, sus posibilidades y sus límites, para entender la puesta en discurso de la «crisis del COVID-19». La ficción, progresivamente domesticada a través de fórmulas, entre otras, como el «basado en hechos reales», que han proliferado en gran medida a través de las producciones de las plataformas digitales

(no es casual), aunque, obviamente, no hayan nacido con ellas, pretenden que el espectador olvide que está ante un relato y que lo asuma como estructura transparente, reflectante, como «duplicación» de una realidad pre-discursiva, muestra ahora su colmillo retorcido, dejándonos indefensos para *dotar de sentido* lo que vemos. Nos deja a la intemperie, provistos únicamente de un realismo plano, el del «tiempo real» y el de los «hechos reales». De súbito, los supuestos «hechos» autosuficientes, reducidos a cifras oscilantes, imprecisas, bailonas, a una concepción absolutamente superficial de la cantidad, vuelven al terreno del que nunca salieron: el de la ficción que los dota de sentido y objeto.

Podría decirse que hemos recibido no un «golpe de realidad», sino un «golpe de ficción». Y el mantra de los hechos con el que se ha adoctrinado a las audiencias, se revela como una precaria carcasa ficcional, incapaz de alojar un discurso *real* con perspectiva política, un discurso de la acción, más allá de datos periclitados nada más hacerse públicos.

Ante la gran ficción del tiempo real y la velocidad, nos hemos dado cuenta, COVID-19 mediante, gran catalizador de la estructura de ficción imperante y de sus obvias limitaciones, de que *la ciencia va lenta* (no en realidad, sí de acuerdo con la velocidad fantasmática y redundante del discurso mediático).

Recordemos un cuadro, *Las Meninas* (1656) de Velázquez, y una frase del *Apocalipsis* de San Juan, «Tomé el librito de la mano del ángel y lo devoré», para realizar algunas consideraciones sobre la naturaleza política de la ficción. En *Las Meninas* no hay centro, salvo una puerta abierta, un vacío, y un personaje en el umbral, José Nieto Velázquez, chambelán de la reina. Ya que —esta precisión es importante— no es el personaje el que está al lado de la puerta, sino ese vacío, esa apertura la que se encuentra al lado del personaje que sólo está ahí para disimular la radicalidad de esa nada<sup>3</sup>, «noche oscura del alma», que ocupa el centro de la representación:

La puerta  
—mejor diré funesta boca— abierta  
está, y desde su centro  
nace la noche, pues la engendra dentro

decía Rosana en *La vida es sueño*.

Es, por tanto, en Velázquez centro el vacío, vacío el centro, la apertura es el centro. Los personajes (las infantas) están cuidadosa y sutilmente hechos a un lado. El enunciador («Velázquez») comparece como invitado dentro del cuadro, con sus bártulos, para remitir a *otro* enunciador más poderoso, el propio relato que los contiene a todos, incluido a él, y en cuyo centro están, no las Meninas, sino esa nada enunciativa, esa «boca» como la nombraba Calderón. La perspectiva de Velázquez, su mirada sobre la ficción es *genuinamente* política: introduciéndose en el cuadro,  *fingiendo* retratar una escena palaciega, por encargo del poder, abre esa puerta en el centro, hace de la *civitas* profana el centro de la representación. El contenido del cuadro de Velázquez es esa apertura, esa nada o boca al servicio de la cual están el resto de elementos del cuadro (lo que normalmente se toma por los «contenidos»). Esta ficción, por tanto, no deja ver nada en concreto, mucho menos la ficción de ver en alta definición, sólo *entrever*, sólo suponer a qué se abre esa apertura. El secreto es su centro. El único contenido de la misma es abrirse a lo hipotético. Está en las antípodas de todo factualismo dogmático.

Acompañemos esta imagen con la frase del *Apocalipsis* de San Juan, para enfatizar una dimensión fundacional y casi olvidada de la ficción: «Tomé el librito de la mano del ángel y lo devoré». Juan come, deglute el discurso, devora los signos, igual que Eva la manzana. No lo lee, no lo ojea en su sueño o visión, *se lo come*. La dimensión que ese objeto portador de discurso adquiere es radical. Trasladado a ese espacio de lo nutricional, casi a un canibalismo discursivo, se convierte en un acto político de primer orden. En las antípodas de la quema de libros, de la hoguera y la reacción, esta incorporación del cuerpo textual en el cuerpo del propio sujeto habla de cómo éste se constituye *como lugar del discurso* político

<sup>3</sup> Recuérdese la etimología de «nada», que nos aleja del campo connotativo normalizado del concepto y remite no a una conclusión, sino a un comienzo o potencia, a un «nacer»: «*Nada* procede análogamente de RES NATA 'cosa nacida'» (Corominas: 490).

(y poético), es decir, en las antípodas de todo factualismo que hace de la coyuntura categoría.

Una de las características de la retórica más conservadora es negar la dimensión política del discurso (entendida en el sentido explicitado), apelando al «sentido común», a lo «natural», incluso a lo «científico» para legitimar sus proclamas y ocultar esa dimensión ineludible. El «más allá de las ideologías» es, evidentemente, una ideología de signo muy concreto.

Los relatos, de cualquier orden, que, supuestamente, son consumidos como cultura, información, entretenimiento, que se pretenden incorporar a una identidad predefinida para «enriquecerla», como conocimiento o entretenimiento inocuos, tienen una función y unos efectos mucho más radicales. No estamos ante un sujeto autónomo que consume palabras e imágenes; ese sujeto *se constituye* a partir de esos discursos, *en el lenguaje*, estructura de la que, evidentemente, no es dueño, puesto que es ella misma la que lo configura como ente capaz de dotar de sentido. Lo menos importante, en términos políticos y de representación, es el contenido manifiesto de esos discursos. Lo que Juan engulle no son unos contenidos precisos; es, directamente, discurso *en crudo*, lógica o logos configurador de tramas y lecturas, que los impregna a todos con su particular azul. Estamos ante la misma situación de significante desbridado que en el caso de Velázquez. Por tanto, podemos concluir, lo menos relevante en el tipo de ficción que Internet promociona y fomenta son los contenidos. La clave es la lógica que proyectan sobre el intercambio y consumo de signos en general y, especialmente, su naturaleza imperialista.

¿Qué ha ocurrido con la ficción, con la determinación de qué es ficción? Se ha operado una progresiva reducción de su horizonte, tanto en un nivel subjetivo como colectivo (lo cual vienen a ser las dos caras de la misma moneda), reduciéndola a una misión pseudo-factual (contar unos «hechos» que resultan ser la más precaria y chata de las ficciones), lo cual equivale a una ficción que se entrega a una potente labor ideológica: objetivar la coyuntura revistiéndola de universalidad y legitimando un *statu quo* preciso bajo la coartada de una

factualidad atemporal. En ese estadio de la ficción nos encontramos hoy, de forma mayoritaria, y lo que, de hecho, se está experimentando ahora, con el relato pandémico monopolizado por Internet o, independientemente del medio, contagiado por la lógica de la Red, es la mediocre ficción de los «hechos irrefutables».

En cualquier caso, la mitología de los hechos se derrumba en el esperpento del tiempo real. La verdad no tiene nada que ver con esa visión sofística de los hechos como verdades objetivas y cuantificables. Nos hemos acaso percatado en los últimos tiempos, o al menos intuido, de que el único objeto con el que realmente tenemos que enfrentarnos aquí está fuera de cuadro, es un vacío, una nada, una interrogación. La carcasa de la abundancia informacional se ha derrumbado mientras nos percatábamos de la manifiesta carencia de información, de que la parte importante se nos escapaba y estábamos inundados de datos desmentidos casi al formularlos y poco más, y de que lo que cuenta, lo que nos daría claves de desciframiento, los verdaderos *hechos* (que remiten siempre a una lógica política y esencialmente analógica, al espacio del poder y el conocimiento) permanecen secretos, desconocidos o que sólo el tiempo (que no el «tiempo real» de Internet) dará respuestas.

No hablamos de ninguna teoría de la conspiración. Lo que ocurre es que esos míticos hechos, contruidos a imagen y semejanza de la lógica mediática y de la última innovación tecnológica, no son ninguna piedra de toque de la verdad. No pueden sancionar nada, son tan obtusos como las cifras bailonas y desnortadas que lo inundan todo. Cuantos más hechos de este tipo hay, menos sabemos de qué va esto.

¿Qué podemos esperar, en estas circunstancias, de una ficción que ha suscrito el mantra de los «hechos reales»? Eso es lo que hay que preguntarse *realmente*. Esa ficción entregada a la gran ilusión de los así llamados «hechos reales» (¿hay otros hechos que son *irreales*?) se revela como tierra quemada. No tiene nada que proponer, ha abandonado su carácter propositivo y su carácter inquisitivo, su dimensión actancial, convirtiéndose en una mueca casi histriónica de lo dado. Los hechos son una encrucijada discursiva, no una entidad objetiva, son

un espacio tensional en el que se aúnan interpretaciones, fragmentos, voluntades, ideologías, afán de conocimiento y voluntad de poder, asunciones y subversiones, ficción y teoría.... Son, en primer lugar, escenarios de construcción política sin el que ningún conocimiento tendría razón de ser. Son, como su etimología indica claramente, antesalas de la acción (de «factum»: hacer).

Quizás esta llamada «crisis» sirva para replantearse el estatuto de la ficción. Sería mucho que sirviese, al menos, para eso. Aunque muchos hayan sentido que lo que estaba ocurriendo tenía aires alucinatorios, lo que *alucinaba*, en realidad, eran los discursos, y la manera de lidiar con ese relato «factual», supuesto portador de verdad que se nos revelaba huero, claustrofóbico. En esta ocasión, ¿«la realidad supera a la ficción»? ¿Qué realidad, si la única que teníamos a mano era la versión *datos en tiempo real* de Internet, la más tecnocrática de las realidades? No se trata de la vieja disputa (reaccionaria y cultural) entre lo cualitativo y lo cuantitativo, entre lo humano y el número, sino de un uso muy preciso de lo cuantitativo como instrumento demagógico y de la cifra como instancia de orden pseudoreligioso y guarida de una supuesta verdad que se identifica por completo con la lógica económica. La realidad que creemos conocer a través de esta domesticación sin precedentes del número asimilado a lo obtuso del dato, puede ser simplemente una banal novela pretenciosa, sin ningún interés. La experiencia que estamos teniendo de esta pandemia no se corresponde con ninguna *realidad* en términos políticos. No vemos nada, salvo lo que el ojo de Internet nos permite ver. No es el lenguaje de la realidad, no es el de la razón ni el de la imaginación, no es el de las pasiones ni el de la lógica, es el lenguaje de la programación, del «machine learning». Deberíamos diferenciar claramente esto. Una certera, y no exenta de humor, apreciación de Jacques Lacan, realizada en 1968, puede ser traída a colación:

Un cerebro humano es incluso mucho más rico que todo lo que hemos podido construir como máquina. ¿Por qué no preguntarse por qué no funciona de la misma manera? ¿Por qué no hacemos, también nosotros en veinte segundos tres mil millones de operaciones, de sumas, de multiplicaciones y otras operaciones habituales, como hace la máquina, cuando tenemos muchas más

cosas que transitan en nuestro cerebro? Cosa curiosa, a veces, por un instante, funciona así. Por lo que sabemos, ocurre con los idiotas. El fenómeno de los imbéciles calculadores es bien conocido. Ellos calculan como máquinas (44).

Por otra parte, la ciencia, en cuanto discurso científico, como lógica del descubrimiento, tiene más que ver con la poesía, en cuanto presencia radical y retadora del significante, que con el *big data*. Y, por supuesto, debe asumir plenamente la ineludible dimensión política de sus enunciados.

La mirada secuestrada del usuario (concepto en las antípodas del de ciudadano) contempla ávida de novedades una interfaz de programación que lo último que puede darle es la información que ansía, tomándola por un espejo de la realidad, por una «retransmisión en directo», transparente, del mundo, cuando, en verdad, con lo que estamos lidiando es con la ficción del tiempo real de Internet y con la ficción de los datos que se intenta legitimar buscándole un reputado compañero de viaje (la «ciencia» del «data science»), no con ninguna realidad. No tenemos ni idea de lo que pasa ahí fuera. Sólo de lo que Internet, la gran Sherezade del siglo XXI (¿o acaso se trate del sultán disfrazado de Sherezade?) nos cuenta, dentro de sus limitadas plantillas discursivas. Algunas de las características de esta ficción informativa, que es la ficción dominante, «basada en hechos reales», son las que siguen:

- Dice sustentarse en una supuesta realidad «objetiva», que es, realmente, la supuesta realidad del *statu quo*. Por tanto, la ficción cumple, por la vía de la objetivación de una coyuntura determinada por relaciones de poder precisas e históricamente configuradas, un papel legitimador y conservador de dicho *statu quo*.
- La noción de realidad que maneja es a-dialéctica. Lo cual quiere decir que no concibe la realidad como un proceso, sino como un hacinamiento de factu- lidades supuestamente clausuradas e inamovibles, factu- lidades que son, en realidad, lo hemos dicho, *hechos discursivos reificados*, interpretaciones (si puede aplicarse tal concepto) institucionalizadas en un contexto de escasos discursos en concurrencia y, por supuesto, de poder. El pasado (los «hechos») que

pretende transmitir o representar es el presente del discurso *mainstream* sobre el pasado.

- La cuestión no es si la ficción se afianza en la realidad concebida como espacio de construcción política. Esa realidad no está dada; es un proceso, no es un contenido, es lo que determina los contornos de lo posible; es un espacio vacío, o, para ser más precisos, *vaciado*, no un montón de ruinas históricas. Dicha concepción de la realidad puede engendrar una ficción que no sea una mera funcionalidad de una configuración de poder. La verdadera cuestión, lo peligroso en términos de libertad individual y política, es una ficción orientada a confundir la realidad con unos hechos que, en el fondo, no son sino hechos de lenguaje y que corresponden con la interpretación dominante no tanto del pasado, cuanto del presente y el futuro a través de un trampantojo de pasado, pero, sobre todo, que remiten a una idea reificada e inamovible de realidad. Nos dicen qué margen hay para la acción, qué cabe esperar y qué no cabe esperar, siendo *realistas*.
- Vemos, por tanto, que la ficción es *inevitablemente* política. No hay ficción apolítica, ni en las variantes más supuestamente «de evasión»: no hay ficción *sin más*. La ficción «políticamente comprometida» es quizás la forma menos operativa y relevante en términos estrictamente políticos (que implican la propuesta de un orden de intercambio colectivo, pero, sobre todo, de configuración del espacio de la polis (espacio del discurso) y del lugar del sujeto político).
- La herencia de *El Quijote* ha sido casi por completo obliterada. *El Quijote* es una obra radical: la ficción es su tema, el relato es su objeto. Mejor aún: el centro vacío, la nada sobre la que la ficción más radical se sustenta, la representación más acabada de quebranto textual, de «llaga afistolada», retomando la expresión de San Juan de la Cruz<sup>4</sup>. Apertura reticente a cerrarse

<sup>4</sup> «La diferencia entre la herida y la llaga (y la «llaga afistolada»), la explicaba San Juan de la Cruz (58-59) en estos términos: «La primera se llama herida, la cual es más remisa y más brevemente pasa (...) la segunda se llama llaga, la cual hace más asiento en el alma que la herida, y por eso dura más, porque es como herida ya vuelta en llaga (...) la tercera manera de penar en el amor es como morir, lo cual es como ya tener la llaga afistolada, hecha el alma ya toda afistolada, la cual vive muriendo, hasta que, matándola de amor, la haga vivir vida de amor, transformándola en amor». La llaga, a diferencia de la herida, *no se cierra*. Citado en Carrera, 2022: 55.

a la que apunta Don Quijote cuando interpela al Autor, tras cientos de páginas, para preguntarle cuándo va a dejar de contar las historias de otros, de «llagar» el texto y contar la suya, la del ingenioso hidalgo. Ese gran *desvío* que es *El Quijote* construye, bajo el peso abrumador de sus páginas, la ausencia que lo habita: la historia *no contada* de Alonso Quijano. Una ficción radical hace de los hechos la antesala de una ausencia cada vez más visceral a la que se abren esas «bocas» del texto desde cuyo centro «nace la noche, pues la engendra dentro» (Calderón). En cualquier caso, si para algo ha servido el relato plagado de cifras abiertas a su propia vacuidad que hemos vivido durante la pandemia, es para poner de manifiesto, ya no el vacío, sino la mezquina vaciedad que se oculta tras todo ese martilleo de datos. Que el que esté dispuesto a *ficcionar* de verdad, entienda.

- La ficción que se agota en la fantasmagoría factual es la misma estructura que se agota en la fantasmagoría de los datos «en tiempo real», en los data-discursos omnipresentes y machacones. Cifras aproximativas, cuando no inexactas (no hay nada reprochable en esto, es bien sabido que las cifras dependen de los métodos de cuantificación y registro y de la capacidad de identificación de casos), obtenidas, la mayoría de las veces, por dudosas vías, llevaban al paroxismo una forma de ficción caracterizada por su *intransitividad*, por su naturaleza tautológica y domeñadora del discurrir discursivo.
- Estos datos inexactos, erráticos, cosechados en ocasiones, como el caso de la pandemia, en circunstancias críticas y dramáticas, darían lugar a innumerables «visualizaciones» impolutas y más o menos sofisticadas que multiplicaban y afianzaban el *error de partida*, utilizadas como prueba irrefutable de una empiria en realidad azarosa e imprecisa.
- El supuesto «antídoto» humanista, el caso concreto, «con rostro», frente a la cifra anónima, al dato cuantificable, es intrínsecamente reaccionario y paternalista. Ese pretendido rostro no es el rostro de un individuo, sino el de un discurso institucionalizado, enésima variante del alma frente al cuerpo, del espí-

ritu frente a la materia, etc., la vieja filípica idealista, por un lado, y, por otro, basado en una representación del ciudadano en el que este comparece como mala réplica del mítico hombre medio, con limitadas luces, en perpetua minoría de edad y requerido de tutela. El *dato*, por lo demás, tiene rostro, un rostro muy concreto, vinculado a la instancia de poder que lo produce, enuncia y utiliza como arma probatoria. Lo que hay que reivindicar no es el supuesto «rostro humano», sino un uso no tecnocrático del número, un uso realmente científico y, por qué no decirlo, poético; la matemática en su sentido fuerte, no pobremente instrumental, en su sentido etimológico, y la política como espacio de la acción, no como dogma. Quizás ha llegado el momento de reivindicar lo abierto y lo subversivo del número.

- Esos datos a los que nos hemos venido refiriendo, sin embargo, cumplen funciones muy específicas, y no en el plano de lo objetivo y la científicidad precisamente, sino en el de las pasiones y las órdenes: modular la angustia, por ejemplo, a través de supuestas certidumbres de las que derivan consignas. Es decir, su funcionalidad se sitúa en el nivel de una sentimentalidad casi atávica (miedo, alivio...) que busca ocasiones de fe, especialmente si vienen avaladas por una supuesta científicidad. Son, en realidad, órdenes que deben ser acatadas en pos de la supervivencia, instantáneas de un entorno más o menos amenazante, consignas casi paulovianas e irresistibles. El cuadro de mandos de muertos, contagiados, curados, vacunados, secuelados, falsos vacunados... es el prototipo de una legalidad y una ética basadas en la orden que emana directamente de la «autoridad» inapelable del dato (máscara de otra «autoridad», por supuesto) característica del entorno digital y de Internet como buque insignia del mismo. Es la antítesis de lo político. Lo que intentamos puntualizar es que esta es la lógica intrínseca de un determinado discurso que ya estaba instaurado antes de la pandemia y al que esta ha permitido visibilizar de forma más rotunda, pero que la sobrepasa, porque está en la naturaleza del sistema de mediación imperante, no

en un coronavirus que sólo ha actuado como un acelerador y legitimador de una racionalidad mermada e impositiva que lo precede y lo sucederá, reforzada.

- Algo característico de la ficción contemporánea «basada en hechos reales», de la que la «empiría» de los *data* es una variante, es que funciona exactamente igual dando por sentado o declarando abiertamente que nos encontramos ante datos dudosos o aún radicalmente sesgados. Esta es la parte verdaderamente potente del asunto. Su verdad es la verdad del poder, es decir, de quien ha decretado qué instrumentos de medida son legítimos para dar cuenta de la realidad, independientemente de que la cifra sea certera o no. Los datos pueden ser inexactos, partir de fuentes oficiales y ser transmitidos por mediadores fiables que, al mismo tiempo que informan, cuestionan su propia información, pero lo que no se discute son los *data* como piedra de toque de la verdad. Lo cuantitativo, en estos casos de flagrante laxitud o precariedad respecto a los métodos y procesos de contabilización en general, es, como de costumbre, un arma retórica, un *argumento* que se articula mucho más en el espacio del poder secular que en cualquier otro (lo científico no existe, por otra parte, al margen de ese espacio) y que requiere, por supuesto, de una sanción política previa para pasar a operar en términos *estrictamente científicos*. Ocurre que, en el caso de Internet, quienes están detrás del suministro de esos *data* que se han convertido en piedra de toque de la verdad son ciertas empresas que se dedican al negocio digital, convertidas en proveedores del «reactivo de la verdad».
- La oposición ficción-no ficción (o ficción/documental), que fundamenta, entre otras cosas, la filípica factualista, debe ser entendida no en términos de mayor o menor cercanía a una realidad o verdad prediscursivas, sino como una doble articulación en el centro de la ficción contemporánea. Es decir, la categoría de «no ficción» es una señal de identidad de la ficción contemporánea. Ese desdoblamiento permite al discurso operar en un determinado momento histórico, que es el nuestro. No responde a una supuesta realidad, sino a la dimensión del poder.

– Toda realidad se discursiviza (se dota de sentido) a través de estructuras de ficción, es bien sabido, basta con contar o contarnos *nuestra* propia historia para darnos de bruces con una imitación (a veces más bien mala) de estructuras novelescas, biográficas o fílmicas institucionalizadas, en cuanto al orden, elementos a destacar en ese periplo, aspectos a tener en cuenta y dignos de reseñar, otros merecedores de desdén, etc.

Hay que aclarar, una vez más, que ficción no equivale a falta de realidad. La ficción es, entre otras cosas, la manera en que se articula discursivamente lo real, desde lo público a lo íntimo. Considerar que la ficción equivale a falsedad y la no ficción a verdad es una convención ficticia, es decir, articuladora de ficción. Por poner un ejemplo cinematográfico, no hay más verdad ni más cercanía a una supuesta realidad pre-discursiva, ni menos puesta en escena en *La salida de los obreros de la fábrica Lumière*, de los Lumière que en *El viaje a la luna* de Meliès. Ambos filmes proponen interpretaciones (y juicios de valor) sobre lo mismo: la sociedad capitalista emergente y la dimensión del poder (en primer lugar, del poder de enunciar) y su vínculo con lo tecnológico.

La ficción digital *mainstream* reniega, en cuanto ficción, de lo abstracto, reclamándose realista y factual, objetiva, autoevidente, *natural*.

Maurice Blanchot (352) sostenía, cuando hablaba de «Berlín» (la ciudad y el nombre) y el muro, que abstracción y realidad van de la mano:

El «escándalo» y la importancia del muro consiste en ser, en la opresión concreta que representa, esencialmente abstracto, y recuerda así lo que continuamente olvidamos: que la abstracción no es simplemente una manera inexacta de pensar ni una forma manifiestamente empobrecida de lenguaje, sino que la abstracción es nuestro mundo, el mundo en el que vivimos y pensamos, día tras día.

La virtualidad digital es lo contrario de lo abstracto en cuanto espacio de vida y pensamiento. No es casual que sus «flujos» discursivos ostenten esa fijación factualista e inmovilista y que el río virtual se entregue de

lleno y desemboque, una y otra vez, en una retórica objetivante y dogmática. El discurso factualista es un discurso del orden, no del conocimiento ni de la creación.

Sabemos bien que no hay nada «subjetivo» (en el sentido más extendido del término, como aquello controlado por parte del individuo) en la construcción de la subjetividad; que buena parte de lo que nosotros tomamos por subjetivo y privativo, por nuestra identidad, es fruto de una eficaz socialización y culturización, tan eficaz que se vuelve inaparente y, además, consigue hacernos creer que somos potentes demiurgos identitarios. De lo que quizás nos hemos percatado en la retransmisión de esta *crisis discursiva* (que se ha acoplado perfectamente a la sanitaria) a la que hemos asistido como espectadores pasivos, dignos representantes de una sociedad de masas, es de que el sujeto/destinatario de estos relatos (que estos modelan y ponen en escena) es, él mismo, una especie de holograma proyectado en un espacio viral que no es el del COVID-19, sino el de Internet como metáfora de lo pandémico y lo viral. Ahora somos conscientes de que los «efectos» de la pandemia no serán, a largo plazo, los del virus concreto, sino los del definitivo empoderamiento de ese espacio viral invasivo y omnipresente, el de Internet, con sus rígidas reglas discursivas, en el que hemos habitado durante décadas y que ha encontrado en la COVID-19 una interfaz perfecta a través de la que escenificar su propia historia y su toma definitiva de La Bastilla. No serán siquiera «efectos de la pandemia», sino del sistema de medios que relató el acontecimiento en cuestión. La «historia de la pandemia» es, en el fondo, la fábula de Internet. Para ser esta fábula contada abiertamente, de manera casi exhibicionista, necesitaba, probablemente, un significativo viral portador, una naturaleza hermana como el COVID-19 para narrar sus *mil y una noches* (las de Internet) a través de meses de encierro global.

Dondequiera que miremos asistimos a una devaluación de la polis y a una «alabanza de aldea» que se resume en una revitalización del mito de lo «natural» a través de la publicitación de categorías como lo *casual*, lo antiespectacular, lo *healthy*, lo espontáneo, lo desprovisto de ritual, lo no procesado, lo limpio, lo puro, etc.

en un entorno mediático absolutamente formateado, previsible y refractario a la diferencia en cualquiera de sus manifestaciones, al mismo tiempo que hace ostentación de una falsa pluralidad y apertura. La polis (lo político, el espacio de la libertad, por tanto) ha sido relegada al lugar simbólico de lo sucio, lo ultraprocesado, lo contaminante,... mientras proliferan pseudo-naturalezas, estas sí ultraprocesadas desde el punto de vista discursivo, y simulacros de transparencia que son sólo máscaras tras las que se disimula la creciente opacidad en todos los ámbitos. Este es, en esencia, el universo en el que se intenta enclaustrar la ficción *ad maiorem gloriam Business*.

## Referencias bibliográficas

- Arendt, Hannah. *El valor de pensar*. Barcelona: Paidós, 2021.
- San Agustín. *Las confesiones*. Madrid: Treviana, 2008.
- Biblia de Jerusalén*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1969.
- Blanchot, Maurice. «Berlin», *MLN*, 109 (3), 1994, pp. 345-355.
- Calderón de la Barca, Pedro. *Obras Completas III. Autos sacramentales*, Madrid: Aguilar, 1967.
- Carrera, Pilar. *Michael Cimino*. Madrid: Cátedra, 2018.
- *Basado en hechos reales*. Madrid: Cátedra, 2020.
- *La lógica del fragmento. Arte y subversión*. Valencia: Pre-Textos, 2022.
- Coromines, Joan. *Diccionario crítico y etimológico* Vol. III, Madrid: Gredos, 1954.
- San Juan de la Cruz (2015), *Obra completa 2*, Madrid: Alianza.
- Lacan, Jacques. *Mon enseignement*, París: Seuil, 2005.
- Lazarsfeld, Paul F. y Merton, Robert K. «Los medios de comunicación de masas, el gusto popular y la acción social organizada». *Industria cultural y sociedad de masas*. Comp. Heriberto Muraro. Caracas: Monteávila, 1992.
- Marx, Karl. *Oeuvres III. Philosophie*, París: Gallimard-La Pléiade, 1982.
- *El capital*. Madrid: Alianza Editorial, 2019.

